

Lo que pasó en la semana

NOSTALGIA DE LO PERDIDO

Por **Heraldo Muñoz**

Excanciller de Chile



El año pasado, entre Navidad y Año Nuevo, cerró sus puertas el icónico restaurante del barrio Estación Central El Hoyo. El fin del restaurante, por la fecha, fue silencioso. Para mí, nieto de su fundador, Benjamín Valenzuela, fue un cierre triste. Junto a El Hoyo desapareció también un barrio que fue residencial, de clase trabajadora y media-baja.

En sus orígenes, el restaurante fue la casa y una bodega adyacente de mis abuelos y su descendencia, en la calle Gorbea, entre Exposición y la esquina de San Vicente. Durante años operó como un “clandestino”, porque solo tenía patente para depósito de licores.

La chicha primaveral era uno de sus productos fuertes. La competencia recelaba de la popularidad de El Hoyo, y una vez difundió el rumor de que un perro había caído muerto en una de las pipas gigantes donde se almacenaba la chicha. El infundio no resultó. De hecho, se hizo popular la “chicha con perro” de El Hoyo.

Viví a pasos del restaurante, donde mis memorias se remontan a las pichangas de fútbol callejeras y al bebedero para caballos de las carretelas que trasportaban verduras a la Vega Poniente, del cual bebíamos en los entretiempos del fútbol.

Cuando mi abuelo falleció, el restaurante quedó a cargo del hijo mayor, Armando Valenzuela. Mis primos inventaron el famoso trago conocido como “terremoto”, vino pipeño mezclado con helado de piña. Nunca obtuvieron

“royalties” de esta invención criolla. En una visita a Chile, Anthony Bourdain calificó a El Hoyo como el lugar de la mejor comida de nuestro país.

A El Hoyo concurrían políticos de todos los colores políticos, figuras de la élite y trabajadores ferroviarios. Allí lancé mi breve candidatura presidencial.

Llegaron inmigrantes chinos y con su espíritu emprendedor en pocos años progresaron, compraron casas viejas y levantaron tiendas de artículos chinos. Los vecinos se mudaron, y esa zona de Estación Central se transformó en una eminentemente comercial. Entretanto, otros migrantes y chilenos se instalaron con toldos azules en las calles.

El Hoyo resistió todo lo que pudo. El barrio se tornó inseguro y ya no pudo funcionar de noche. Siempre hubo robos menores y alcoholismo, pero no asesinatos tipo sicariato. Acceder al restaurante se hizo frustrante por los cientos de carros de mercadería y los toldos azules abarrotando las calles aledañas.

El local de El Hoyo fue comprado por empresarios chinos. Con mi familia almorzamos el sábado previo al cierre. Llevé a mi nieta, Lila Rayén, a ver, por última vez, un mural donde aparece mi abuelo retratado hace un siglo, junto a familiares y amigos.

Habrà un nuevo El Hoyo en el barrio Italia, con iguales platos y excelente servicio. Pero se acabó El Hoyo de Estación Central, porque el país cambió. Quedan las memorias de una era de inocencia perdida.